

absurda, vieja, todas las ideas que la imaginación nos presenta como recursos de la moral: y estas ideas que el corazón admite y la inteligencia concibe como necesarias para cubrir los defectos de nuestra naturaleza desnuda y vacilante, y para elevarla en nuestra propia estimación á la altura de su dignidad, son escarnejadas como una moda ridícula, absurda y desusada.

En este nuevo orden de cosas, un rey no es más que un hombre, una reina no es más que una mujer, y una mujer no es más que un ser, y no de primer orden: los honores que se hacen al bello sexo en general y sin distinción de objeto, son una cosa novelesca y extravagante. El regicidio, el parricidio, el sacrilegio, no son más que ficciones supersticiosas, propias solo para corromper la jurisprudencia haciendo que pierda su sencillez. El asesino de un rey, de una reina, de un obispo, de un padre, no es más que un homicida como otro cualquiera, y si acaso estos homicidios pudiesen ocasionar alguna ventaja al pueblo, deberían ser perdonados, y por lo tanto no se deberían hacer grandes pesquisas para encontrar al criminal.

Según el sistema de esta filosofía bárbara, que no puede arraigarse sino en corazones sin sentimiento y en almas envilecidas, sistema tan falto de sabiduría como de gusto y de elegancia, las leyes no tienen más influencia ni custodia que el terror que difunden, y solo existen por el interés que los individuos pueden hallar en ellas según sus especulaciones secretas, ó para eludir las en su ventaja particular. En las discusiones de sus academias y en todos sus programas, no se verá más que la fuerza; porque desde ahora se perderán todos los medios oportunos para granjearse la estimación. Según los principios de esta filosofía mecánica, ninguna de nuestras instituciones puede estar personificada, si me es permitida esta expresión, de modo que haga nacer en nosotros el amor, la veneración, la admiración ó la adhesión; pero esta especie de razón que destierra así todas las afecciones, es incapaz de hacer sus veces. Las afecciones públicas combinadas con las costumbres, son necesarias algunas veces como suplementos, otras como correcciones, y siempre como apoyo de las leyes. El precepto dado por hombre tan sabio como juicioso crítico para componer un poema, puede aplicarse muy bien á los Estados.

Non satis est pulcha esse poemata; dulcia suntu.

Cada nación debería tener un sistema de costumbres que pudiese ser apreciado por un buen espíritu. Para hacernos amar á la patria, es preciso que ella sea amable.

Pero el poder, de cualquier naturaleza que sea, sobrevivirá al golpe que ha de destruir las costumbres y las opiniones, y hallará otros medios aun peores para sostenerse. La usurpación, que destruye los principios antiguos para arruinar las antiguas instituciones, sostendrá su poder por medio de manejos semejantes á los que ha empleado para procurarse. Cuando se haya borrado del corazón humano aquel antiguo, fiel y caballeresco espíritu de lealtad, que defendía al mismo tiempo al rey, á los súbditos de la tiranía, los clubs y los asesinos serán arrastrados por los asesinatos y confiscaciones anteriores, y por aquella enorme colección de máximas atroces y sanguinarias que contiene el código político de cualquier poder que no se funda en el honor propio ni en el de los que deben obedecerle. En fin, los reyes serán tiranos por política y los súbditos rebeldes por principio.»

(H) pág. 438.

TESTAMENTO DE LUIS XVI.

En el nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Hoy día 25 de diciembre de 1792, yo Luis XVI, rey de Francia, hallándome hace cuatro meses encerrado con mi familia en la torre del Temple en París, por obra de los que eran mis súbditos, y privado de toda comunicación, y desde el 10 del corriente aun de la de mi familia; envuelto además en un proceso, cuyo éxito no es posible prever á causa de las pasiones de los hombres y para el cual no se encuentra motivo ni pretexto en ninguna de las leyes existentes; teniendo solamente á Dios por testigo de mis pensamientos, y no pudiendo volver los ojos á otro sino á él, declaro aquí en su presencia mis últimas voluntades y mis sentimientos.

Encomiendo mi alma á Dios, mi criador, rogándole que la reciba en su misericordia, que no la juzgue según sus méritos, sino según los de Nuestro Señor Jesucristo que se ofreció en sacrificio á Dios, su padre, por nosotros hombres, aunque de ello fuésemos indignos, y yo el primero.

Muero en el seno de nuestra santa madre Iglesia Católica, Apostólica, Romana, que conserva su poder por una sucesión no interrumpida de pontífices desde San Pedro, á quien lo confió el mismo Jesucristo.

Creo firmemente y confieso todo cuanto se contiene en el símbolo, en los mandamientos de Dios y de la Iglesia, sacramentos y misterios que la Iglesia Católica enseña y ha enseñado siempre. Ni he pretendido jamás erigirme en juez de las divisiones que laceran el seno de la Iglesia de Jesucristo en cuanto á la manera de explicar los dogmas, antes bien me he atendido y atenderé siempre, si Dios me concede la vida, á las decisiones que los superiores eclesiásticos, en unión con la santa Iglesia Católica, dieren conforme á la disciplina de la Iglesia practicada desde Jesucristo.

Compadezco de todo corazón á aquellos nuestros hermanos que estén en el error, sin pretender juzgarlos, y no los amo menos en Jesucristo según el precepto de la caridad cristiana. Ruego á Dios me perdone todos mis pecados, de los cuales he procurado hacer escrupuloso exámen para detestarlos y humillarme en su presencia. No pudiendo servirme del ministerio de un sacerdote católico, ruego á Dios que reciba la confesión que le he hecho, y especialmente el profundo arrepentimiento que tengo de haber prestado mi nombre (si bien contra mi voluntad) á actos que pueden ser contrarios á la disciplina y á la creencia de la Iglesia Católica; lo cual digo para acusarme de todos mis pecados y recibir el sacramento de la penitencia.

Ruego á todos aquellos á quienes pudiera haber ofendido inadvertidamente (no recuerdo haber ofendido á nadie á sabiendas), como también á aquellos á quienes pudiera haber dado mal ejemplo ó escándolo, que me perdonen el mal que crean haber recibido de mí. Ruego á todas las personas caritativas, que unan sus oraciones á las mías para obtener de Dios el perdón de mis pecados.

Perdono de todo corazón á los que se han hecho mis enemigos, sin que yo les haya dado ningún motivo, y ruego á Dios los perdone así como á los otros que por un celo falso ó mal entendido me han causado mucho mal.

Recomiendo á Dios á mi mujer, á mis hijos, hermanas, tías, hermanos, y á todos aquellos que me están unidos con los vínculos de la sangre ó de otro modo. Ruego á Dios en especial, que se sirva mirar con ojos de misericordia á mi mujer, hijos y hermana, que hace tanto tiempo padecen conmigo; que los sostenga con su gracia si deben perderme, y mientras permanecieren en esta vida transitoria.

Recomiendo mis hijos á mi mujer, aunque no los

dudado nunca de su ternura maternal, y le encargo sobre todo, que los haga buenos cristianos y hombres honrados; que los enseñe á considerar las grandezas de este mundo (si están condenados á experimentarlas) como bienes peligrosos y perecederos, y á dirigir sus miradas á la única gloria sólida y estable de la eternidad. Ruego á mi hermana, que continúe en su afecto hácia mis hijos, y les sirva de madre cuando tengan la desgracia de perder la suya.

Ruego á mi mujer, que me perdone los males que experimenta por mi causa y los disgustos que pueda haberle dado durante nuestra unión, segura de que por mi parte no le guardo rencor si cree tener alguna cosa de que reconvenirse.

Recomiendo ardentísimamente á mis hijos, además de sus deberes para con Dios, que permanezcan unidos entre sí, sumisos y obedientes á su madre, agradecidos á los cuidados y solicitud que se toma por ellos, y en memoria mía los ruego, que miren á mi hermana como una segunda madre.

Si mi hijo tuviese la desgracia de llegar á ser rey, tenga entendido que debe consagrarse enteramente al bien de sus conciudadanos; que debe olvidar toda clase de odios y resentimientos, señaladamente los que tengan relación con las desgracias y penas que sufro; que no podrá hacer la felicidad de los pueblos, sino reinando según las leyes; pero que al mismo tiempo un rey no puede hacerlas respetar, y ejecutar aquel bien que está en su corazón, si no tiene la autoridad necesaria, pues de otro modo, ligado en sus operaciones y no inspirando respeto, es más dañoso que útil.

Recomiendo á mi hijo, que tan luego como se le permitan sus circunstancias, cuide de las personas que se me han conservado adictas, pensando que he contraído una obligación sagrada para con los hijos ó parientes de los que han padecido por mí, y aun para con aquellos que por mí son desgraciados.

Sé que muchos de los que estaban á mi servicio no se han portado conmigo como habrían debido portarse, y que aun se han mostrado ingratos: yo los perdono (en momentos de desorden y efervescencia, no siempre es uno dueño de sí), y ruego á mi hijo que si se le presenta ocasión, no piense más que en sus desgracias.

Quisiera poder dar aquí una prueba de mi reconocimiento á los que me han mostrado un afecto verdadero y desinteresado. Si por una parte me ha conmovido vivamente la ingratitud y la deslealtad de personas á las cuales no había hecho más que beneficios, ya respecto de sus personas, ya respecto de sus parientes y amigos, por otra parte he tenido el consuelo de ver la adhesión y el interés sincero que otros muchos me han mostrado, á los cuales ruego que reciban mis más expresivas gracias. En mi actual situación temería comprometerlos si hablase con mas claridad; pero recomiendo eficazmente á mi hijo que busque la ocasión de poderlos conocer.

Creería calumniar los sentimientos de la nación si no recomendase francamente á mi hijo á los señores Chamilly y Hue, á quienes su sincera adhesión á mi persona ha inducido á encerrarse conmigo en esta triste mansión, haciéndose así víctimas desventuradas. Le recomiendo también á Clery, cuyos cuidados me han dado siempre motivos para felicitarle de tenerlo á mi lado. Y pues que ha permanecido conmigo hasta el fin, ruego á los señores de la municipalidad que le entreguen sus vestidos, mis libros, mi reloj, mi bolsa, y todas las demás cosas que fueron depositadas en el consejo comunal.

Perdono de corazón también á los que continúan dándome los disgustos y malos tratamientos que han creído deber usar conmigo; al mismo tiempo deseo que las almas sensibles y compasivas que he encontrado, gozen de la tranquilidad que debe inspirarles su manera de pensar.

Ruego á los señores de Malesherbes, Tronchet, y De Séze, que admitan mi agradecimiento y las expresiones de mi reconocimiento, por todos los cuidados que se tomaron por mí.

Concluyo declarando en nombre de Dios y próximo á comparecer en su presencia, que no me creo culpable de ninguno de los delitos de que soy acusado.

Hecho por duplicado en la torre del Temple, el 25 de diciembre de 1792. Luis.

(I) pág. 446.

MARÍA ANTONIETA.

El señor de La Mark presenta un retrato sencillo y por lo tanto verdadero de María Antonieta. Entre otras cosas dice que una de las primeras veces que la puso en relación con Mirabeau, la reina trató en seguida de olvidar los negocios y le habló de los tiempos pasados. « La esperanza que había concebido de los servicios que podía prestarla Mirabeau, parecían haber quitado de su vista los peligros que por todas partes la rodeaban. En su confiado abandono me dió nuevas pruebas de la benevolencia á que me había acostumbrado en mejores tiempos; tiempos por desgracia que huyeron para siempre. Se dejó llevar por la memoria de lo pasado hasta hablar de aquellas cosas indiferentes que alimentan las conversaciones habituales de la sociedad. La conversacion duró más de dos horas en el estilo alegre que era natural á la reina, y que nacía tanto de la bondad de su corazón como de la suave malicia de su talento. Habiase perdido de vista completamente el objeto de mi audiencia; ella misma trataba de hacerle olvidar. Apenas le hablaba de la Revolución, se ponía seria y triste; pero si la conversacion giraba sobre otro asunto, volvía á su genio amable y gracioso. Esto pinta su carácter mejor que yo podría hacerlo. Seguramente María Antonieta, tan acusada de querer mezclarse en los negocios públicos, no lo deseó nunca... Salí de allí no sin hacer de nuevo dolorosas reflexiones sobre cuanto veía y había oído. Era evidente que ni el rey ni la reina conocían exactamente los peligros que les amenazaban. Rodeados desde su nacimiento y en todos los instantes de su vida de todo lo mas seductor que puede tener el respeto y el amor de los hombres, naturalmente buenos y confiados, ¿ cómo hubieran podido imaginar los horrores de que habían de ser víctimas? »

Correspondence entre Mirabeau et La Mark, etc.,
tomo I. pág. 156.

Saint-Marc Girardin (*Revue des Deux Mondes* 1851, tom. XI, pág. 730) hace este retrato de María Antonieta:

« He oído hablar bastante de María Antonieta á personas que habían presenciado la Revolución, y no hay uno, por poco entusiasta que fuera, y por poca elevación de espíritu que tuviera, que no me haya hablado con emoción, no solo porque tuvo una suerte desgraciada y de ningún modo merecida, sino porque tenía las dos cualidades que mas pueden agradar ó impresionar en una mujer y en una reina, era amable y animosa. Tenía una amabilidad llena de dignidad y de gracia; abandonaba y volvía á tomar con una prudencia y una facilidad singular el tono y las maneras de reina. Tenía la gracia de agradar, pero solo á aquellos que lo merecían ó parecían merecerlo; no alimentaba ningún frívolo deseo de popularidad. Quería ser lo que conocía que era en sí misma solamente para un pequeño círculo, círculo escogido, sin desear salir fuera de él, sin pensar en el público. Estas eran sus costumbres como mujer, y causaron su desgracia como reina. Amaba solo á los que distinguía, y no pudiendo distinguir á todos,

tuvo por enemigos á todos los que no entraban en el círculo de su intimidad, y por lo tanto eran muchos. Á su amabilidad se unía una inclinación á la burla ó mas propiamente á la alegría, que fué mirada como orgullo ó desprecio. El que ve que la amabilidad sincera de María Antonieta le fué tan funesta, se inclina á creer que la indiferencia y la frivolidad de que se acusa á los príncipes, es para ellos un medio de defensa mas bien que un defecto.

» El valor de María Antonieta era de una naturaleza exquisita; natural vivo, siempre pronto, sin afectación ni pompa, creciente en el peligro, porque el peligro es una ocasión de heroísmo, y conocía que tenía mucho heroísmo. Hubiera preferido emplear su valor en hacer frente al peligro, mejor que en sufrir la desgracia; tenía mas vigor que resignación, pero no ménos admirable, cuando no teniendo mas medios de manifestar su valor que la paciencia y la resignación, fué paciente y estuvo resignada en la prisión, en el tribunal revolucionario, en el patíbulo; mezclando con su resignación cierto aire de orgullo, que me agrada porque hay ultrajes que es preciso aceptar delante de Dios por humildad, pero que es necesario rechazar y vencer con el desprecio delante de los hombres. Cuando la desgracia viene de Dios, inclinemos la frente; cuando el ultraje viene de los hombres, alzámosla...

» María Antonieta tenía dos vocaciones: la de reina feliz se la arrebató la suerte; la debilidad de su marido la impidió ser heroína. Afortunada, hubiera embellecido su felicidad, y la hubiera hecho amable con la bondad de su alma y con la viveza de su espíritu; comprometida en las grandes empresas, hubiera demostrado su heroísmo. Todos los que la vieren en los días en que se la presentaba el peligro bajo la forma de una amenaza y no como una desgracia, conservaron un recuerdo indeleble de su valor. La noche del 5 de octubre (dice Rivarol) recibí á muchísima gente, hablé con fuerza y dignidad y comuniqué su propia seguridad á los que no podían oír sus temores. *Se (dice ella) que vienen de París á pedir mi cabeza; pero yo he aprendido de mi madre á no temer la muerte, y la esperaré con firmeza.*

» La admiración que inspiró la reina aquella noche fué tan grande que hasta en el proceso de 1793 hubo un testimonio inexplicable. El conde de Estaing, citado como testigo contra la reina, declaró que estando en palacio la noche del 5 de octubre, como comandante de la guardia nacional de Versalles, entre los consejeros de la corte, oyó decir á la acusada que el pueblo de París iba á matarla, y la aconsejaban que huyese; á lo que ella habia respondido con gran valor: *Si los Parisienses vienen á asesinarme, lo harán á los pies de mi marido, yo no huiré.*

» No eran estas vanas palabras: la mañana del 6 de octubre cuando se la exigió que se presentase al balcón se presentó con su hijo y con su hija. Fuera los niños, gritó el pueblo; con lo cual parecia indicar que se queria separarlos. Ella lo entendió así, y metiendo adentro sus niños, se adelantó en el balcón como si fuese á la muerte, pero sin que su fisonomía se alterase nada absolutamente. Aquel día probó el patíbulo, pero un patíbulo como le convenia, presentándose aun como reina en medio de la corte, en Versalles, y como queria al lado del rey.

» Desgraciadamente esta mujer creada para una vida tranquila y espléndida, ó para una vida de peligros y de aventuras, no tenía las cualidades de reina hábil, atenta, laboriosa. Era hija de María Teresa solo en los peligros valerosamente combatidos, no en la ciencia y trabajos del gobierno. Si hubiera tenido la ciencia del gobierno y afición á él, no sé si hubiera podido vencer la Revolución, especialmente estando encadenada á la voluntad débil ó incierta de Luis XVI, y obligada á

seguir su suerte. La miseria de los tiempos la quitó la vida espléndida que habia deseado; el carácter de su marido la vida heroica y peligrosa que con gran valor hubiera aceptado, y se vió reducida á las miserias de la prisión, del proceso, del patíbulo, es decir, á una adversidad que no tenía mas gloria que un terrible cambio de fortuna, y María Antonieta (y por esto la admiro sobre todo) adquirió las virtudes que convenian á su destino, pero que no eran las que convenian á su carácter. Tuvo paciencia y tranquilidad, cambió su energía en firmeza; de heroína se hizo mártir hallando entre las fuerzas de su alma un nuevo género de valor, mas grande porque necesitaba mas perseverancia, y demostró así que las almas grandes y fuertes saben ennoblecer con la constancia todas las desgracias.

En la *Revue retrospective* (II serie, tom. I, año de 1835) se publicó, como sacada del Archivo general del reino, una carta de María Antonieta, que pinta tal como era esta mujer, tan diversamente juzgada, su ansiedad, sus esperanzas, y la vista segura que conservaba en medio de tan graves peligros. Dice así esta carta:

A. M le comte de Mercy Argenteau.

Le 16 août 1791.

« On m'assure de l'honnêteté des personnes qui se chargent de cette lettre, et qu'elle vous arrivera sûrement. J'en profite pour entrer avec vous dans des détails de notre position qui est affreuse, et vous faire deux ou trois questions, auxquelles il est nécessaire que vous trouviez moyen de me répondre promptement.

» Notre position: nous sommes au moment où l'on apportera cette constitution à l'acceptation; elle est par elle-même si monstrueuse, qu'il est impossible qu'elle se soutienne longtemps.

» Mais pouvons-nous risquer de la refuser dans la position où nous sommes? Non, et je vais le prouver. Je ne parle pas des dangers personnels qu'il y aurait à courir; nous avons trop prouvé, par le voyage que nous avons entrepris il y a deux mois, que nous ne calculons pas nos personnes quand il s'agit du bien général; mais cette constitution est si mauvaise par elle-même, qu'elle n'aura et ne peut avoir de consistance que par la résistance qu'on y opposera: il s'agit donc de garder un milieu en sauvant son honneur, et qui puisse nous laisser en mesure que tout le monde revienne á nous, le peuple s'entend, quand une fois il sera désaveuglé et lassé. Pour cela, je crois qu'il est nécessaire, quand on aura présenté l'acte au roi, qu'il le garde d'abord quelques jours, car il n'est censé le reconnaître que quand on le lui aura présenté légalement, et qu'alors il fasse appeler les commissaires, pour leur faire, non pas des observations ni des demandes de changements qu'il n'obtiendrait peut-être pas, et qui prouveraient qu'il approuve le fond de la chose, mais qu'il déclare que ses opinions ne sont point changées, qu'il montrait dans sa déclaration du 20 juin l'impossibilité où il était de gouverner avec le nouvel ordre de choses, qu'il pense encore de même, mais que, pour la tranquillité de son pays, il se sacrifie, et que, pourvu que son peuple et la nation trouvent le bonheur dans son acceptation, il n'hésie e pas á la donner, et la vue de ce bonheur lui fera bientôt oublier toutes les peines cruelles et amères qu'on a fait éprouver á lui et aux siens: mais si l'on prend ce parti, il faut y tenir, éviter surtout tout ce qui pourrait donner de la méfiance, et marcher en quelque sorte toujours la loi á la main; je vous promets que c'est la meilleure manière de les en dégoûter tout de suite. Le malheur c'est qu'il faudrait pour cela un ministère adroit et sûr, et qui en même temps eût le courage de se laisser abîmer par la cour et les aristocrates pour les mieux

servir après, car il est certain qu'il est revierdront jamais ce qu'ils ont été, surtout par eux-mêmes.

» On nous dit, et les frères du roi mandent chaque jour, qu'il faut tout refuser et que nous serous soutenus. Par qui? Il me semble que les puissances étrangères ne font pas de grands efforts pour venir á notre secours; l'Espagne même, par les lettres qu'elle a écrites á mas frères, a l'air de vouloir se retirer honnêtement, en proposant des choses infaisables; le silence profond de l'empereur envers moi, l'impossibilité où il est peut-être, vu les affaires du Nord, de se mêler des lótres; l'Angleterre qui ne cherchera jamais qu'à leurrer d'espérance tous les partis pour les tenir plus stremement désunis; la Russie qui ne calcule que ses propres intérêts dans tout ceci; tout enfin prouve que si nous devons attendre des secours, ils ne sont pas prochains au moins. Dans cette position, pouvons-nous risquer un refus qui donnerait, par l'espèce de déchéance, une force majeure aux factieux et au parti républicain? Et il ne faut pas croire qu'alors nous serions plus étroitement et plus fortement gardés. Si les puissances ne viennent pas dans le moment á notre secours, il ne nous reste donc que le parti des princes et des émigrants: mais combien peut-il nuire! parce que seuls ils ne pourront faire qu'une chose partielle; et si même (ce qui n'est pas á présumer) ils ont un avantage réel, nous retomberions sous leurs agents dans un esclavage nouveau et pire que le premier, puisque ayant l'air de leur devoir quelque chose, nous ne pourrions pas nous en tirer; ils nous le prouvent déjà en refusant de s'entendre avec les personnes qui ont notre confiance, sous le prétexte qu'elles n'ont pas la leur, tandis qu'ils veulent nous forcer de nous livrer á M. de Calonne, qui, sous tous les rapports, ne peut pas nous convenir, et qui, je crains bien, ne suit en tout ceci que son ambition, ses haines particulières et sa légèreté ordinaire en croyant tout possible et fait toujours ce qu'il désire: je crois même qu'il ne peut que faire tort á mes deux frères, qui, s'ils n'agissaient que d'après leurs cœurs seuls, seraient stremement portés pour nous.

» Voici les nouvelles qui nous viennent du dehors. D'ici á un mois toutes les puissances seront réunies; il paraítra un manifeste qui sera soutenu d'une grande force. Je désirerais bien que cette première nouvelle fût vraie, mais je ne puis la croire, puisque ni vous ni personne ne nous l'ont mandée: je crois même que, dans ce moment-ci, l'Assemblée est tellement divisée, qu'un manifeste bien rédigé serait fort heureux, et que les chefs qui voient depuis huit jours qu'ils ont absolument le dessous, seraient plus aisés á amener á un accommodement raisonnable. Une chose á remarquer c'est que, dans toutes ces discussions sur la constitution, le peuple ne s'en mêle pas et ne s'occupe que de ses affaires particulières, en voulant cependant toujours une constitution et point d'aristocrates. Une seconde nouvelle est que *Monsieur* va être reconnu par les puissances régent du royaume, et le comte d'Artois lieutenant-général. Cette nouvelle est par elle-même si folle et si absurde, qu'elle ne peut provenir que de quelque tête française; mais sur tout cela je voudrais bien avoir une réponse de vous.

» J'apprends dans l'instant que la constitution est finie, á un rapport près des comités, qui sera fait après-demain; vraisemblablement on l'apportera tout de suite au roi. Il est affreux de ne rien savoir de positif et de raisonnable des dispositions du dehors: quant á l'acceptation, il est impossible que tout étre pensant ne voie pas que, quelque chose qu'on fasse, nous ne sommes pas libres; mais il est essentiel que nous ne donnions pas de soupçon sur cela aux monstres qui nous entourent; mandez-moi donc où en sont les troupes et les dispositions de l'empereur. En tout état de cause, les puissances étrangères peuvent seules nous sauver; l'armée est perdue, l'argent

n'existe plus; aucun lien, aucun frein ne peut retenir la populace armée de toute part; les chefs mêmes de la Révolution, quand ils veulent parler d'ordre, ne sont plus écoutés. Voilà l'état déplorable où nous nous trouvons: ajoutez á cela que nous n'avons pas un ami, que tout le monde nous trahit, les uns par haine, les autres par faiblesse ou ambition; enfin je suis réduite á craindre le jour où on aura l'air de nous donner une sorte de liberté; au moins, dans l'état de nullité où nous sommes, nous n'avons rien á nous reprocher. Vous voyez mon áme tout entière dans cette lettre; je peux me tromper, mais c'est le seul moyen que je voie encore pour pouvoir aller. J'ai écouté, autant que je l'ai pu, des gens des deux côtés, et c'est de tous leurs avis que je me suis formé le mien; je ne sais pas s'il sera suivi, vous connaissez la personne á laquelle j'ai affaire (1). Au moment où on la croit persuadée, un mot, un raisonnement la fait changer sans qu'elle s'en doute; c'est aussi pour cela que mille choses ne sont point á entreprendre. Enfin, quoi qu'il arrive, conservez-moi votre amitié et votre attachement; j'en ai bien besoin; et croyez que, quel que soit le malheur qui me poursuit, je peux céder aux circonstances, mais jamais je ne consentirai á rien d'indigne de moi; c'est dans le malheur qu'on sent davantage ce qu'on est. Mon sang coule dans les veines de mon fils, et j'espère qu'un jour il se montrera digne petit-fils de Marie-Thérèse. Adieu.

» Si vous pouvez me garder cette lettre, je serai bien aise de la revoir un jour.

Du 21 août.

« J'ai arrêté ma lettre au moment de partir, parce que l'abbé Louis arrivait et m'a appris (par M. de Mont..., s'entend) votre voyage de Londres. J'espere et désire fort avoir de vos nouvelles, car la lettre ministérielle que l'abbé Louis a rapportée ne me suffit pas pour mes intérêts. Il me paraít qu'en se louant fort de vous, il ne trouve pourtant pas son voyage fort heureux; il craint beaucoup la coalition des puissances, et est parvenu, á ce que je crois, á inspirer la même crainte á ceux des chefs qui l'ont proposé et envoyé; mais jusqu'à présent cela ne les porte qu'à une grande humeur, et je crains beaucoup que, ne se sentant plus la force de réparer le mal, ni de se soutenir, ils ne quittent brusquement la partie et nous laissent seuls dans l'embarras. D'ici á quelques jours j'aurai des nouvelles plus détaillées de leurs opinions; j'aurais bien voulu attendre pour vous les écrire, mais l'occasion qui porte celle-ci, parti demain. C'est á la fin de la semaine qu'on présentera la charte au roi, il y répondra á peu près comme je vous le mande au commencement de ma lettre. Ce moment est affreux; mais pourquoi aussi nous laissons-t-on dans une ignorance totale de ce qui se passe dans l'extérieur? Il s'agira á présent de suivre une marche qui éloigne de nous la défection, et qui, en même temps, puisse servir á déjouer et culbuter au plus tôt l'ouvrage monstrueux qu'il faut adopter. Pour cela il est essentiel que les Français, mais surtout les frères du roi, restent en arriere, et que les puissances réunies agissent seules; aucune prière, aucun raisonnement de notre part ne l'obtiendra d'eux; il faut que l'empereur l'exige, c'est la seule manière dont il puisse, et surtout moi, me rendre service. Vous connaissez par vous-même les mauvais propos et les mauvaises intentions des émigrants; les lâches, après nous avoir abandonnés, veulent exiger que seuls nous exposions, et seuls nous servions tous leurs intérêts. Je n'accuse pas les frères du roi; je crois leurs intentions pures; mais ils sont entourés et menés par des ambassadeurs qui les perdront après nous avoir perdus les premiers. Le comte d'Artois est parti le 12 pour Vienne; son frère á une lettre de lui, du même jour, où il ne parle pas de

(1) El rey.

ce voyage; nous l'avons appris par des lettres particulières. Quel est le but de cette course? je ne puis pas l'imaginer. Pourvu que l'empereur ne se laisse pas encore aller à quelque démarche hasardeuse qu'on exigera de lui! Enfin, mandez-lui toujours tout ce que je vous mande dans l'autre page. Je finis pour ne pas trop grossir le volume. Adieu.»

Du 26 août.

«Voici ma lettre encore recommencée; mais pour cette fois-ci j'espère qu'elle vous arrivera sûrement. La personne qui veut bien s'en charger, a trouvé aussi des moyens de me faire tenir vos réponses; il vous en écrira. La journée d'hier (25 août, fête du roi) s'est passée comme toutes celles que nous passons depuis deux mois, et dans un silence de la part du peuple vraiment affligeant. C'est la semaine prochaine qu'on doit apporter au roi l'acte constitutionnel. Le rapport que j'ai lu, et que M. de Beaumetz doit faire devant l'Assemblée, est un tissu d'insolences et d'éloges pour l'Assemblée. Ils ont mis la dernière main à leurs outrages en donnant une garde au roi. Il n'est plus possible d'exister comme cela; il ne s'agit pour nous que de les endormir et de leur donner confiance en nous, pour les mieux déjouer après. Il est impossible, vu la position ici, que le roi refuse son acceptation; croyez que la chose doit être bien vraie, puisque je le dis. Vous connaissez assez mon caractère pour croire qu'il me porterait plutôt à une chose noble et pleine de courage; mais il n'existe point à courir un danger plus que certain. Nous n'avons donc plus de ressource que dans les puissances étrangères; il faut à tout prix qu'elles viennent à notre secours; mais c'est à l'empereur à se mettre à la tête de tous et à régler tout. Il est essentiel que, pour première condition, il exige que les frères du roi et tous les Français, mais surtout les premiers, restent en arrière et ne se montrent pas. Je vous assure que les choses sont à un point aujourd'hui, qu'il vaudrait mieux être roi d'une seule province que d'un royaume aussi vicié et désordonné que celui-ci. Je tâcherai d'envoyer, si je puis, des notes à l'empereur sur tout ceci; mais, en attendant, mandez toujours ce que vous croirez nécessaire pour bien lui prouver qu'il n'y a plus de ressource qu'en lui, et que notre bonheur, notre existence, celle de mon enfant, dépendent de lui seul, et de la prudence et célérité de ses moyens. Adieu.»

«Je n'ai point reçu les opinions des chefs, comme je vous l'avais annoncé. Ils se restreignent toujours dans des idées vagues, et ont l'air de craindre de s'engager.»

(L) pág. 450

EL TERROR.

Chateaubriand censura á los escritores fatalistas, que justifican el Terror. — Todo lo que puede hacerse con la violencia (dice) puede conseguirse con la ley: el pueblo que tiene la fuerza suficiente para desterrar, tiene también la fuerza suficiente para obligar á la obediencia sin necesidad de acudir á la proscripción, si alguna vez es permitido faltar á la justicia bajo el pretexto del bien público. Ved á lo que esto conduce: hoy sois fuertes, y estáis matando la libertad, la igualdad, la tolerancia; mañana seréis débiles, y os matarán con la servidumbre, con la desigualdad y con el fanatismo. Y entonces ¿qué tendréis que decir? Érais un obstáculo á lo que se quería, y era preciso quitaros de en medio; triste necesidad sin duda; pero necesidad al fin: estos son vuestros principios; palpád ahora sus consecuencias. Mario derramaba sangre en nombre de la democracia, Sila en el de la aristocracia; Antonio, Lépido, Augusto, creyeron conveniente diezmar las cabezas de

los que soñaban aun con la libertad romana. No condenemos á los degolladores de la noche de San Bartolomé; se veían obligados (seguramente á pesar suyo) á obrar así para llegar á su objeto.

No han muerto, dicen, mas que seis mil víctimas condenadas por los tribunales revolucionarios. ¡No son pocas! Pero véamos lo que dicen los números.

El primer número del *Boletín de las leyes* contiene el decreto que instituye el tribunal revolucionario, disponiendo que la única pena que pueda imponer este tribunal sea la de muerte. El artículo 9º autoriza á todo ciudadano á detener y llevar ante los magistrados á los *conspiradores y contrarrevolucionarios*. El artículo 13 dispensa de la prueba por testigos, y el 16 priva de defensores á los *conspiradores*. En este tribunal no había apelación. Esta es la gran base en que fundamos nuestra admiración.

El republicano Prudhomme, que no odiaba la Revolución, y que escribió cuando la sangre estaba aun caliente, nos dejó seis volúmenes de particularidades, dos de los cuales son un diccionario donde cada *criminal* está colocado por orden alfabético, con su nombre, apellido, edad, patria, calidad, domicilio, profesión, fecha y motivo de la condena, día y lugar de la ejecución.

Entre los decapitados, se cuentan 18,613 víctimas en esta forma:

Ex-nobles varones.	1,278
— mujeres.	750
Mujeres de cortesanos.	4,467
Religiosas.	350
Sacerdotes.	4,135
No nobles de varios estados.	13,633

Total. 18,613

Ademas mujeres muertas á consecuencia de partos prematuros. 3,400

— en cinta ó de sobreparto. 348

— muertas en la Vendée. 13,000

Niños 22,000

Hombres 90,000

Víctimas bajo el proconsulado de Carrier en Nantes. 32,000

De las cuales fueron fusilados, niños.

— ahogados. 1,500

Fusiladas mujeres. 264

— ahogadas. 500

Sacerdotes fusilados. 300

— ahogados. 460

— nobles. 1,400

— artesanos. 5,300

Víctimas en Lyon. 31,000

En este cálculo no se incluyen los que fueron muertos en Versalles, en los Carmelitas, en la Abadía, en la Nevera de Aviñon, los arcabuceados en Tolon y en Marsella despues de los sitios de aquellas dos ciudades, y los degollados en la pequeña ciudad de Bedoin, cuya población pereció toda. En cumplimiento de la ley de sospechosos de 21 de setiembre de 1793, se establecieron en toda la nación mas de cincuenta mil comités revolucionarios que costaban 591 millones al año: cada miembro recibía 3 francos diarios, y eran 540,000, es decir, 540,000 acusadores que tenían derecho de condenar á muerte. Solo en Paris había mas de sesenta comités revolucionarios, cada uno de los cuales tenía una prisión para los sospechosos.

El girondino Rionffe dice en las *Memorias de un detenido*: «Las mujeres mas bellas, mas jóvenes, mas interesantes, perdían toda su belleza en este infierno (la Abadía), del cual solo salían á docenas para inuntar con su sangre el patíbulo. Podría decirse que el gobierno estaba en las manos de aquellos hombres depravados, que no contentos con insaturar al sexo débil con deseos monstruosos, le consagraban

un odio implacable. Muchas jóvenes en cinta, otras de parto, y otras en el estado de debilidad y palidez que sigue á este gran acto de la naturaleza, respetado por los pueblos mas salvajes; otras cuya leche se había retirado de repente por el terror, ó porque habían sido arrebatados de sus senos sus queridos hijos, iban de noche y de día á ser precipitadas en aquel abismo. Eran arrastradas de prisión en prisión con sus débiles manos oprimidas por indignas esposas, y algunas hasta con cadenas de hierro; entraban unas desmayadas, llevadas del brazo por insultantes carceleros, y otras aturdidas y como atontadas. Especialmente hacia los últimos meses (antes del 9 de temidor), era aquello la actividad del infierno; día y noche estaban los cerrojos en movimiento; por la noche llegaban sesenta personas destinadas al suplicio, y al día siguiente eran reemplazadas por otras ciento á quienes esperaba la misma suerte al otro día.

» Catorce jóvenes de Verdun de un candor sin igual y vestidas como vírgenes adornadas para una fiesta pública fueron llevadas juntas al patíbulo. Y desaparecieron todas á un tiempo arrebatadas en su primavera. La cárcel de mujeres tenía al día siguiente de su muerte el aspecto de un jardín, cuyas flores había arrebatado el huracán. Yo no he visto nunca entre nosotros una desolación semejante á la que produjo aquel acto de barbarie.

» Veinte mujeres del Poitou, pobres campesinas la mayor parte, fueron también asesinadas á un tiempo. Aun me parece que estoy viendo aquellas víctimas desgraciadas, esparcidas por el patio de la cárcel, cansadas por los trabajos de un largo camino, durmiendo sobre las piedras... En el momento de marchar al suplicio, fué arrebatado del seno de una de estas infelices un niño de teta que estaba mamando una leche cuya fuente debía secar muy pronto el verdugo. ¡Oh! ¡qué agudos fueron los gritos del dolor materno! Pero no produjeron ningun efecto... Algunas murieron en la carreta y fueron guillotinas sus cadáveres. Yo he visto, pocos dias antes del 9 de temidor, algunas mujeres llevadas al suplicio, habiéndose declarado que estaban en cinta... Y estos son hombres, son Franceses, á quienes los filósofos mas elocuentes están predicando hace 60 años la humanidad y la tolerancia.

«... Se había cavado un túnel bastante capaz en la plaza de San Antonio para que diese salida á la sangre. Digámoslo por horrible que sea; todos los dias se sacaba la sangre á cubos y estaban ocupados cuatro hombres durante las ejecuciones en darla curso por el canal.

» Allí, á las tres de la tarde, una larga procesion de víctimas bajaban al tribunal, atravesaban lentamente largas bóvedas en medio de los carceleros que se formaban en fila para verlas pasar con una avidez sin ejemplo. Yo he visto dirigirse al suplicio á cuarenta y cinco magistrados del parlamento de Paris y treinta y tres del de Tolosa con el mismo aspecto con que otras veces aparecían en público: he visto á treinta recaudadores generales marchar con paso tranquilo y firme; á los veinticinco primeros negociantes de Sedan, que caminando hacia la muerte compadecían á los diez mil operarios que dejaban sin pan. Yo he visto á Baysser, el terror de los rebeldes de la Vendée, el mejor guerrero de la Francia; he visto á todos aquellos generales á quienes la victoria había cubierto antes de laureles, que se cambiaron de repente en cipreses; y por fin, he visto á todos aquellos soldados tan jóvenes, tan fuertes, tan vigorosos... caminaban en silencio... solo sabían morir.»

Prudhomme acaba de trazar este cuadro. La mision de Le Bon en los departamentos de las fronteras del Norte puede compararse á la aparición de esas negras furias tan temidas en tiempo del paganismo. En los dias festivos la orquesta estaba colocada al lado del patíbulo, y Le Bon decía á las jóvenes que estaban

presentes: *Seguid la voz de la naturaleza; abandonad los brazos de vuestros amantes*. Su guardia la componían niños corrompidos que espaban á sus padres. Algunos se ensayaban en guillotinas pequeñas divirtiéndose en guillotinar pájaros y ratones.

«Sabido es que Le Bon, despues de haber contaminado á una mujer que se había entregado á él para salvar á su marido, hizo dar muerte á este en presencia de su esposa, á la cual no quedó mas que el horror de su sacrificio. Y estas atrocidades se repitieron tanto que sería imposible numerarlas.

» En Nantes se distinguió Carrier. Cerca de ochenta mujeres fueron sacadas del depósito y llevadas al campo de sangre, y despues de fusiladas las desnudaron quedando sus cuerpos expuestos por tres dias. Cinco niños de ambos sexos, de los cuales el mayor tenía catorce años, fueron llevados al mismo sitio para ser fusilados. Nunca se ha visto un espectáculo mas horroroso: su corta estatura libró á muchos de las balas; rompieron las cuerdas que los ataban y penetraron entre las filas de sus verdugos, buscando un refugio entre sus piernas, á las cuales se abrazaban fuertemente dirigiendo á ellos su rostro infantil en que se pintaba la inocencia y el espanto. Nada de esto causó impresion á aquellos exterminadores que los degollaron á sus pies.

» Ahogados en Nantes. Un gran número de mujeres, la mayor parte embarazadas y otras con niños de pecho en sus brazos, fueron llevadas á bordo de los buques... Las inocentes caricias, la sonrisa de estas tiernas víctimas destrazan el corazón de sus llorosas madres que responden vivamente á sus caricias pensando en que son las últimas. Una de ellas parió en la playa, y los verdugos apenas la dieron tiempo para dar á luz el hijo de sus entrañas. Las arrojan despues en la barca, las despojan enteramente de sus vestidos, y las atan las manos á la espalda. Los gritos mas agudos, las quejas mas amargas salen de los labios de aquellas desgraciadas madres contra sus verdugos: Touquet, Robin y Lamberty les responden á sablazos, y la tímida belleza bastante ocupada ya en cubrir su desnudez ante los monstruos que la ultrajan, mira temblando á su compañera desfigurada por la sangre, y que boqueando da el último suspiro á sus pies. Pero dase la señal, los criados destapan los barrenos y las ondas sepultan la barca para siempre.

» Tales son los objetos de vuestros himnos: millares de ejecuciones en ménos de tres años, en virtud de una ley que quitaba á los tres acusadores los testigos, á los defensores la apelación....

» Desconfiamos de este movimiento de amor propio que nos hace creer en la superioridad de nuestro espíritu, en la fortaleza de nuestra alma, porque contemplamos friamente las mas espantosas catástrofes: el verdugo maneja los cuerpos palpitantes sin commoverse nada absolutamente; esto prueba la firmeza de su carácter, la grandeza de su inteligencia. Admitir la fatalidad en la historia, equivale á librarse del trabajo de pensar, á evitar el fastidio de buscar las causas de los acontecimientos. Una grandeza mucho mas diferente hay en demostrar que la desviación de los principios de la moral y de la justicia acarrea las desgracias, y que estas desgracias engendran la libertad volviendo á la moral y á la justicia: si, en esto hay mas grandeza que en colocar la sociedad bajo la protección de espantosas máquinas que reducen á polvo los hombres y las cosas.

» Conserven, pues, los teóricos del Terror, si quieren, su helado fanatismo que le suministra dos ó tres frases inexplicables de necesidad, de movimiento, de fuerza progresiva, bajo las cuales ocultan su falta de pensamientos; yo no los leeré: antes volveré á leer á los dos historiadores á quienes con tan poco fruto tomaron por guía, y cuyo talento me hará olvidar á sus infinitos y salvajes imitadores.»

Por otra parte, un autor á quien debe mucho la liber-